

Domingo XXI del tiempo ordinario

Cesarea de Filipo en nuestros días ya no existen; la localidad donde se encontraba cerca de las fuentes del Jordán, a los pies del monte Hermón hoy se llama Banyas, un nombre que deriva de una deformación de la palabra que en Hebreo significa Pan que era el Dios pagano de las aguas, de los bosques y de la fertilidad. Lo único que todavía subsiste del pasado de esta ciudad de estilo romano construida por uno de los sucesores de Herodes es solamente una enorme gruta que era dedicada al Dios Pan y que los peregrinos de aquella época veneraban como fuente de salud y de prosperidad. Incluso en los tiempos modernos, los peregrinos que visitan tierra santa suben hasta aquella gruta que domina las cataratas del Jordán que propiamente inicia su curso en este lugar hacia el lago de Tiberíades, continuando hasta terminar en el mar muerto.

Estos peregrinos que hoy visitan tierra Santa llegan hasta ahí para escuchar otra palabra que había sido pronunciada en este mismo territorio por el Hijo de Dios viviente muy distinto al dios Pan. Son las palabras que Cristo dirigió a Pedro y que hoy leemos en la liturgia.

Estas palabras están fundadas en tres grandes símbolos que ilustran la misión de Pedro y de la iglesia tal como Jesús las ha concedido.

El primer símbolo es de *albañilería*; solo sobre una roca se puede erigir una casa que resista el ataque de las aguas del viento y de la tempestad; esta imagen Jesús la vuelve todavía más transparente en su significado por el nuevo nombre que impone a Simón hijo de Juan. Hablando en su lengua que es el Arameo, Jesús llama al apóstol *Kefas*, que significa “*piedra*” y que nosotros traducimos con el nombre de Pedro.

Solo Jesús y este apóstol en el nuevo testamento reciben una apelativo tan importante. Por tal motivo el sentido para nosotros es claro. Pedro tiene, en la historia, la misión de volver visible la función de fundamento, de unidad, de estabilidad de Cristo con relación a su iglesia. Los creyentes en Cristo no vivirán su fe de manera dispersa ni tampoco aislada, sino que se encontraran juntos en torno a la piedra de Pedro que en el nombre de Cristo reúne la Iglesia de Dios.

El segundo símbolo es el de las *llaves*. Este símbolo es una evocación del texto de Isaías que hoy se hemos leído como primera lectura. El Profeta que vivió en el siglo VIII antes de Cristo, refiriéndose a un oscuro cambio de poder al vértice de la política del reino de Judá, describe la entrega de las llaves del palacio real de Jerusalén (y esto simboliza el cargo de primer ministro), de un tal Sebna a un sirviente llamado Eliakim, que era un

hombre justo. Las llaves de una casa, de un cofre, de la lectura de un texto, son el signo de una autoridad en sede jurídica o cultural.

Desde este significado, Pedro será aquel que dispensará los tesoros de la salvación, será el canal a través del cual la palabra de Cristo tendrá que ser comunicada e interpretada, será la vía a través de la cual los dones del amor de Dios serán continuamente y visiblemente infundidos en la comunidad cristiana.

Del símbolo de las llaves, surge la tercera imagen del texto de hoy, es la imagen del “*atar y desatar*”; esta imagen también es de tipo jurídico. La misión de Pedro es la de ofrecer el perdón de Dios, y más ampliamente es la misión de consolar, advertir, exhortar, y de guiar al pueblo de Dios. La página evangélica que hoy se lee se convierte en un retrato de la Iglesia de Cristo reunida en torno a la figura de Pedro.

Es en base a esta figura que la fórmula de consagración Episcopal perfila de manera perfecta el ministerio del Papa y de los Obispos. La fórmula dice:

“Infunde sobre este siervo escogido por ti, la fuerza de tu Espíritu para que sea cabeza de tu iglesia: Aquel Espíritu que diste a tu hijo Jesucristo y que él transmitió a su vez a los Apóstoles, los cuales sobre toda la tierra fundaron la iglesia como santuario tuyo a gloria y alabanza de tu nombre”.

El documento del concilio Vaticano II, que se llama *Lumen Gentium*, afirma que:

“Dios quiere santificar y salvar a los hombres no de manera individual y sin algún ligamen entre ellos, sino que quiere constituir con ellos un pueblo unido en torno a un fundamento estable”